

LA MUERTE: LÍMITE, VERDAD Y PROMESA

Hay palabras que pronunciamos con dificultad. Entre ellas, pocas tan incómodas como “muerte”. La cultura contemporánea está fascinada por la aceleración técnica, la productividad creciente y la ilusión de control, y ha aprendido a ocultarla tras eufemismos, protocolos sanitarios, pantallas y estadísticas. La muerte aparece de forma subliminal, cada día, a nuestro alrededor, pero rara vez comparece como experiencia humana pensada, compartida y acompañada. Está en todas partes y, sin embargo, permanece expulsada del horizonte cotidiano. Quizá por eso mismo se ha vuelto más urgente que nunca hablar de ella, como nos ha recordado recientemente León XIV en su encíclica Magnífica humanitas.

Este primer número de Razón y Fe de 2026 quiere situarse precisamente en ese espacio complejo de reflexión entre la vida y la muerte, la ciencia y la técnica, la filosofía y la teología. No para ofrecer respuestas rápidas y fáciles a una cuestión que acompaña a la humanidad desde sus orígenes, sino para abrir un diálogo interdisciplinar sobre aquello que la muerte revela acerca de nuestra condición humana. Porque la manera en que una sociedad comprende la muerte determina también cómo entiende la vida, el cuerpo, el tiempo, la libertad, la memoria, el sufrimiento, la esperanza y el futuro.

La muerte constituye una experiencia universal y, al mismo tiempo, radicalmente singular. Nadie puede sustraerse a ella, pero nadie puede vivirla por otro. En torno a ella convergen preguntas biológicas, filosóficas, sociales, políticas, psicológicas y espirituales. La muerte no es únicamente un acontecimiento biográfico; es también un hecho cultural y una categoría hermenéutica desde la cual las civilizaciones se interpretan a sí mismas. Toda antropología implica una determinada comprensión de la muerte, y toda visión de la muerte remite, explícita o implícitamente, a una determinada comprensión del ser humano.

Las sociedades occidentales modernas han oscilado entre dos actitudes aparentemente opuestas, aunque profundamente conectadas. Por un lado, la invisibilización de la muerte: su desplazamiento fuera del espacio doméstico y comunitario, su medicalización y su progresiva reducción a problema técnico. Por otro, la proliferación de discursos sobre la supervivencia, la longevidad radical o la superación biotecnológica de los límites humanos. En ambos casos aparece una dificultad común: aceptar la vulnerabilidad y la finitud como dimensiones constitutivas de la existencia.

El presente monográfico aborda esta problemática desde perspectivas diversas, conscientes de que ninguna disciplina basta por sí sola para pensar adecuadamente la muerte. Filosofía, sociología, psicología, antropología, teología y estudios culturales convergen aquí no para diluir sus diferencias, sino para enriquecer mutuamente la comprensión de una realidad que desborda cualquier reducción simplificadora.

El recorrido comienza con el estudio del profesor de la Universidad Complutense, Jesús Romero Moñivas, sobre Norbert Elias, uno de los pensadores que con mayor lucidez analizó el ocultamiento moderno de la muerte. La reflexión eliasiana pone de relieve cómo las sociedades contemporáneas han desplazado el morir fuera de la experiencia pública y relacional, generando formas inéditas de soledad. El problema no es únicamente que la muerte se oculte, sino que el moribundo quede aislado precisamente en el momento de mayor necesidad de sentido y acompañamiento. La modernidad técnica ha conseguido prolongar la vida, pero no siempre ha sabido humanizar el final de la existencia.

La cuestión de la finitud adquiere una densidad filosófica particular en el artículo de Juan Jesús Gutierrez Carrasco sobre Hans Jonas. El profesor de la Universidad Pontificia Comillas afirma que, frente a los imaginarios contemporáneos de autosuperación ilimitada, Jonas recuerda que la mortalidad no es un accidente exterior a la vida, sino una condición íntimamente vinculada al valor, la libertad y la responsabilidad. La vida humana es vulnerable precisamente porque es valiosa. Desde esta perspectiva, la muerte aparece paradójicamente no sólo como carga, sino también como condición de posibilidad para la novedad histórica, la singularidad personal y la responsabilidad ética.

Esa tensión entre don y tragedia atraviesa igualmente la obra de Tolkien, analizada aquí por Isabel Romero Tabares. En el universo tolkieniano, la muerte constituye uno de los grandes núcleos antropológicos y espirituales. El miedo a morir se transforma en deseo de dominio, corrupción y negación de los límites; mientras que la aceptación de la finitud abre la posibilidad del

sacrificio, la fidelidad y la esperanza. La actualidad de Tolkien quizá resida precisamente en haber comprendido que la tentación prometeica de abolir la mortalidad puede terminar destruyendo aquello mismo que pretende salvar: la humanidad del ser humano.

Desde una perspectiva antropológica y litúrgica, Gregorio Aboín Martín y Rosa Ruiz-Aragoneses centran la atención en el cuerpo del difunto. Ambos artículos coinciden en señalar que el modo en que tratamos el cadáver expresa una determinada concepción de la persona. Allí donde el cuerpo se reduce a mero residuo biológico, el duelo se empobrece y la dimensión relacional de la existencia queda debilitada. La tradición cristiana, en cambio, ha insistido históricamente en custodiar el cuerpo precisamente porque reconoce en él la historia concreta de una persona llamada a la resurrección. Los rituales funerarios no constituyen simples formalidades culturales; son prácticas simbólicas mediante las cuales una comunidad sostiene la dignidad del muerto y acompaña a los vivos en el trabajo del duelo.

Especial relevancia adquiere hoy el diálogo entre escatología y transhumanismo, abordado por Jorge R. González López. Para el profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca, pocas cuestiones expresan mejor las tensiones culturales contemporáneas que el deseo tecnológico de superar la muerte. El imaginario transhumanista promete prolongar indefinidamente la existencia mediante biotecnología, inteligencia artificial o transferencia digital de la mente. Sin embargo, estas propuestas suscitan interrogantes decisivos: ¿qué significa seguir siendo humano?, ¿puede la identidad personal reducirse a información?, ¿es posible eliminar la vulnerabilidad sin eliminar también la experiencia moral y relacional que constituye la vida humana? Frente a la lógica de la autosalvación técnica, la tradición cristiana propone comprender la muerte no sólo como límite, sino también como lugar de promesa.

La dimensión existencial y psicológica del duelo aparece desarrollada en el trabajo del profesor de la Universidad de Zaragoza, Saúl Palacios, que integra modelos contemporáneos de la psicología con la esperanza cristiana. En una época marcada por pérdidas múltiples —personales, sociales, ecológicas y culturales— resulta especialmente necesario reconocer que el duelo no es una patología que deba suprimirse rápidamente, sino un proceso humano de reconstrucción del sentido. La esperanza, entendida no como evasión sino como apertura confiada, constituye aquí un elemento decisivo para la elaboración del sufrimiento.

El conjunto de estas aportaciones permite reconocer un hilo común: la muerte no puede comprenderse adecuadamente cuando se reduce exclusivamente a

fenómeno biológico o problema técnico. En ella se condensan preguntas fundamentales acerca del sentido de la existencia, la dignidad del cuerpo, la fragilidad de los vínculos humanos y el horizonte último de la esperanza. Pensar la muerte obliga también a pensar qué significa vivir humanamente.

Tal vez una de las paradojas más profundas de nuestro tiempo sea que, cuanto más intenta eliminar la experiencia de la vulnerabilidad, más expuesto se encuentra al miedo, la ansiedad y el vacío. La negación cultural de la muerte no ha producido necesariamente sociedades más libres, sino con frecuencia más incapaces de afrontar el sufrimiento, la dependencia y la pérdida. Recuperar una reflexión pública, filosófica y espiritual sobre la muerte constituye, en este contexto, una tarea intelectual y humanizadora de primer orden.

La tradición cristiana no contempla la muerte desde una ingenuidad consoladora ni desde un optimismo superficial. La muerte sigue siendo experiencia de ruptura, dolor y escándalo. Pero precisamente por ello puede convertirse también en lugar de verdad. Frente a las fantasías transhumanistas de omnipotencia que el papa León XIV ha denunciado recientemente en su encíclica sobre la IA, *Magnífica humanitas*, la finitud recuerda que la vida humana no se funda en la autosuficiencia, sino en la relación, el cuidado y el don recibido. Y quizá sólo quien acepta esa vulnerabilidad constitutiva pueda abrirse auténticamente a la esperanza.

El número incorpora además dos contribuciones que, aunque no centradas directamente en la muerte, dialogan significativamente con el horizonte del monográfico. El estudio sobre Lonergan y Zubiri de los profesores de la Universidad Iberoamericana, Francisco Vicente Galán y Fernando Esaú Ortiz, explora el dinamismo emergente de la realidad y la posibilidad de pensar la novedad sin reducirla a mero mecanicismo. Por su parte, el análisis de Jonattan Rodríguez Hernández y Eglée Ortega Fernández, de la Universidad Complutense, sobre la comunicación digital del papa Francisco muestra cómo las redes sociales pueden convertirse también en espacios simbólicos de acompañamiento, esperanza y construcción de comunidad en tiempos de incertidumbre y fragilidad.

Con este número, *Razón y Fe* desea contribuir a una conversación necesaria. Hablar de la muerte es, en último término, hablar de la vida humana en toda su profundidad. Porque una cultura capaz de mirar de frente la muerte es también una cultura más preparada para defender la dignidad de toda vida —la magnífica dignidad de nuestra común humanidad— una cultura capaz de acompañar el sufrimiento y sostener la esperanza.

JAIME TATAY, SJ